

Queda prohibida la reproducción de artículos publicados en LA VANGUARDIA sin indicar la procedencia.

PAPELES VIEJOS

Los dos girondinos

I

A los lectores de historia política y literaria, les es familiar la figura del abate Marchena. Don Adolfo de Castro, después Morel-Fatio, Menéndez y Pelayo por último, esbozaron y completaron en diversas etapas su interesante biografía. Conocemos su precocidad, su filosofismo, los transportes con que saludó la aurora de la libertad francesa. Conocemos también su fuga de España, su residencia en Bayona, su posterior establicimiento en París y la fidelidad y estoicismo con que siguió en 1793, á contar del 31 de mayo, la trágica suerte de los diputados de la Gironda, cuya causa abrazó con todo el ímpetu de su alma vibrante y juvenil. Acompañó á los proscritos en sus peregrinaciones y en sus escondites, fué preso en Burdeos, conducido á París, encerrado en la Conserjería y puesto en libertad por consecuencia del golpe de Termidor.

Casi todas estas noticias, extractadas y divulgadas en España por los mencionados escritores, proceden de las *Mémoires d'un déteñu pour servir à l'histoire de la tyrannie de Robespierre*, obra del joven humanista y poeta Honorato Riouffe. Una casualidad me hizo reabrir no ha mucho esas *Memorias*, publicadas en la gran colección Didot, ó de Berville y Barrière. Siguiendo directamente el relato, no tarda el lector en convencerse de que, en los estudios mencionados, quedó mucha parte sin aprovechar, acaso por no convenir á las proporciones de una simple biografía literaria. Sin embargo, desde el punto de vista de la historia de la Revolución, esos episodios y pormenores preteridos hasta ahora son de innegable interés.

Honorato Riouffe, había nacido en Ruan el 1.º de abril de 1764. Su madre murió al darlo á luz; su padre la sobrevivió poco tiempo. A cuidado de un tutor, aprendió las primeras letras con el cura del pueblo donde fué criado y de allí pasó á París para acabar el estudio de las humanidades y empezar el de las leyes. Pero los tiempos habían llegado á su plenitud: la «sensibilidad» desbordaba de los corazones y una vaga desazón ó presentimiento desviaba á la juventud de la línea normal y de los caminos de antaño. En Alemania, cierto príncipe joven y bizarro, el duque Leopoldo de Brunswick, acababa de dar un alto ejemplo: habíase arrojado al río, en una inundación, para salvar á los infelices que corrían arrastrados por ella y pereció víctima de su heroísmo filantrópico. La época, en el punto culminante de la ternura de Rousseau, no necesitaba más para dar suelta á sus lágrimas y á sus loores. La Academia Francesa hizo de este asunto el objeto de un premio principal, y Riouffe fué el afortunado.

En un momento pasó de la oscuridad á la nombradía y al halago de las gentes, que vino á confirmarle, en otro concurso, una nueva composición en elogio de Corneille, con motivo de su centenario. No en vano Riouffe había ponderado la bella acción del príncipe tudesco. Años después, escapado milagrosamente á las furias del Terror, templado por los infortunios, enemigo irreconciliable de la anarquía tanto como del despotismo, lector enfermizo de *Werther* y traductor impecable de Platón, sucesivamente miembro del Tribunal y prefecto de la Côte-d'Or, pasó con igual destino, en los últimos años del Imperio, al departamento de la Meurthe. Había llegado al momento de los desastres para las armas francesas. Los ejércitos refluían á la tierra natal extenuados por la retirada, por la persecución, por el hambre, por el tifus de los campamentos. Y el prefecto ilustre, víctima de su deber, de su caridad ardiente y abnegada, atendiendo á los apesados y viviendo entre ellos, contrajo su misma dolencia, de la cual falleció en 30 de noviembre de 1813.

Este fué el compañero de Marchena, en la detención, en el viaje á París y en los calabozos de la Conserjería. No dice Riouffe en sus *Memorias* cómo se conocieron, ni aun recuerda el nombre del inquieto andaluz. Al hablar de él le cita como *l'Espagnol*, y fué Thiers quien puso en claro de qué español se trataba. La homogeneidad de aficiones, aptitudes y edades, vino á unirlos con una amistad que la persecución mancomunada hizo muy pronto indelible. En 1793, Riouffe tenía veintiocho años y Marchena veinticinco. Un mismo amor á la libertad, un mismo entusiasmo por las letras clásicas, un mismo dominio de la lengua latina, una misma extensión de conocimientos, daban pábulo á sus continuas expansiones y confidencias.

El Terror había llegado á Burdeos para acabar, precisamente, con ese foco federalista y girondino. Todo lo que podía resistir y vencer: Ayuntamiento, Club de los jóvenes, burguesía comerciante, liberal é ilustrada, acabó—historia eterna—por ceder á la intimidación de un puñado de malhechores. La sección Franklin, compuesta

y dirigida por enérgimenos, quedó dueña del campo. Los diputados girondinos fueron cayendo uno tras otro en poder de tales perseguidores; sus amigos y adeptos también. Así Riouffe y Marchena, detenidos en la madrugada del 4 de octubre. Conducidos ante el comité revolucionario de la sección Franklin, encontraron allí una revuelta chusma de demagogos presidida por *émisaires à cheveux noirs*: los cabellos negros, las guedejas y las barbas negras desempeñaron un gran papel en la historia del jacobinismo y todavía Flaubert recoge notas parecidas en *L'education sentimentale*, describiendo los clubs del 48. Unas trececientas personas habían sido detenidas aquella noche. Los seccionarios, con aire de satisfacción é importancia, instruían diligencias en pliegos llenos de letra bárbara y de sintaxis y ortografía de mesón. «Sea cual sea el brillo—dice Riouffe—que el espíritu francés haya podido adquirir por su literatura y sus filósofos, pocas naciones hay en que el espíritu de la masa se encuentre más retrasado. Y es que la literatura no pule más que un círculo de personas sumamente restringido...»

Alla quedan, y en tan desagradable compañía, el patriota francés y el español. «Había venido éste á buscar en Francia la libertad, bajo la fe de la nación. Perseguido por la inquisición religiosa de su país, no tardó en Francia á verse perseguido por la inquisición política de los comités revolucionarios. Dudo que exista un hombre más profundamente enamorado de la libertad ni más digno de gozarla. Su destino es el de sufrir siempre persecución por esta causa y el de amarla cada día con más ardor. Contar sus infortunios es contar los míos; nuestra persecución tenía las mismas causas, unas mismas cadenas nos sujetaron, unas mismas mazmorras nos recibieron, y el mismo golpe debía acabar con nuestra existencia...» En el momento de la detención, un funcionario municipal acompañaba á la patrulla; y el autor del relato consigna esta observación porque en lo sucesivo y durante su conducción y largo cautiverio ya no volvieron á tropezar con persona alguna realmente investida de autoridad. No se las hubieron más que con esbirros intrusos y espontáneos.

Indignado por el ultraje que personalmente recibía, abochornado como francés por la deslealtad cometida en un extranjero acogido al llamamiento que Francia acababa de dirigir á todos los hombres libres de la tierra, el literato ruanés no ocultaba ni su furor ni su desprecio por tan viles perseguidores. ¿Cómo no habían de llegar á su colmo aquellos sentimientos, cuando vió, á la mezquina luz de las bujías y los reverberos, que también allí se hallaba, sometido á interrogatorio, descubierta la cabeza, todo un representante de la nación, el diputado girondino Duchátel? Al cabo de tres horas, se les avisó que Riouffe, Marchena y Duchátel, serían enviados á la Réole, donde se hallaban los proconsules ó enviados de la Convención. Así fué, en efecto. Un gran murmullo de ansiedad, un rumor de pasos y carreras se dejó oír en los corredores del club y en la calle. Duchátel con las manos esposadas, atado con una cuerda que un gendarme sostenía á seis ó siete pies de distancia, pasó devorando lágrimas de coraje, destacando su prócer estatura y su rostro severo y amenazador sobre aquellas filas de innobles curiosos. El autor de las *Memorias* y el español Marchena le siguieron. Cada uno de ellos ocupó el carruaje que se le tenía destinado, y la cabalgata partió.

¡Magnífico y vistoso cortejo! Tres berlinas de seis caballos, con mayoral y postillón; tres prisioneros de Estado; tres ó cuatro patriotas ó guardias *amateurs* en cada berlina y otros á caballo junto al estribo, delante como batidores, detrás como escolta. Por el camino, hasta las afueras de la ciudad, la escolta fué engrosando con otros muchos descamisados á quienes sus camaradas invitaban al jolgorio, diciéndoles: —¡Ea, toma un caballo! La nación lo paga.—Callando, despreciando, insultando á veces á su soez acompañamiento, los detenidos llegaron á la casa de postas donde debían cenar, y descendieron de sus carruajes. El representante Duchátel apareció atado en la misma forma en que había salido de Burdeos. Sus groseros sicarios se negaron á quitarle la cuerda y las esposas durante el camino y, para alimentarse y apagar la sed, en la mesa de la posada, no pudo valerse de sus manos. Se le dió agua y comida, como se le dan á un mutilado y á un niño.

Este espectáculo enfureció á Riouffe y al español, quienes, en el primer transporte de su entusiasmo y de su filosofía, veían algo de sagrado y sobrenatural en un miembro de la Asamblea. Protestaron contra semejante indignidad, puso Riouffe mano en una botella, pero, sin tiempo para más, sintiéronse cogidos de brazos, sujetos por la espalda, y en lo que restaba del camino ya no pudieron quejarse de haber sido tratados con más dulzura que el representante de la nación. El jefe de la banda que les conducía era también—según Riouffe—*un homme à cheveux noirs, crépus et jacobites, au teint bilieux, à la mâchoire pesante...*

MIGUEL S. OLIVER

Cotidianas

No creo que todos mis estimados lectores tengan coche propio, y aunque muchos lo tengan, es probable que estén en mayoría los que, como el autor de estas líneas, tienen que tomar el tranvía, el modesto tranvía, para trasladarse de un punto á otro de la ciudad.

Si lo tienes, lector, Dios te lo conserve, y si careces de él, yo uno más votos á los tuyos para que llegues á tenerlo. Porque ¡es tan práctico el ir en tranvía! Hay que esperar en la parada. Si está vacío, resulta soso y si está lleno tienes que ir apretujado ó de pie en la plataforma. Además, no le puedes decir al conductor:

—Vaya usted aprisa, ó—Vaya usted despacio—ni—Tuerza usted por la derecha,—ó—tome esta callejuela; párese aquí y espérese.

Lejos de esto. No sólo no tuerca por donde á usted le conviene, ni para donde á usted se le antoja, sino que tiene usted que sufrir las innumerables paradas que á usted no le interesan y los consiguientes movimientos bruscos de una frenada ó de un arranque inopinados.

Así es que el que tiene coche va en la gloria. Va solo ó con su compañía predilecta, muellemente arrellanado entre cojines, sirviéndole la carrocería de marco de gloria, especie de silla gestatoria con ruedas. El cochero ó chauffeur es su esclavo; con solo advertirle que no atropelle sino un número prudencial de ancianos ó de criaturas, le obedece en sus menores deseos. Al impulso de los caballos—de carne ó de bencina—le lleva á usted en volandas, le lleva á usted en dos minutos á un lejano sitio, donde tal vez nada tenga usted que hacer. Después se para frente á la terraza del café ó el zaguán del casino, hasta que usted ha tomado tranquilamente su té.

Pero todas estas ventajas no son tantas si usted tiene que sostener este tren ó si tiene que pagar en proporción al implacable rodar de las manecillas del taxí, pues los gastos le empeñan un poco la apoteosis. Si toma el te con taxí le sale un poco caro: 2'40—6'80—11'25—16'30 son cifras que amargan cualquier té, por más azúcar que se ponga en la taza.

La verdadera gloria de ir en coche es cuando lo paga otro y sobre todo cuando este otro es una ciudad entera, que no va á quejarse por hora más ó menos de taxis. Así lo han entendido nuestros concejales. Además van en coche por obligación, por velar por el decoro de la ciudad. Un concejal de Barcelona no puede, no debe ir á pie, aunque sea á limpiarse los zapatos en la esquina. Y toman su té con el auto á la puerta. Realmente es una bicocha: ¿Qué viene á resultar cinco duros de taxis entre medio millón de habitantes? A 0'0000 de duro por habitante. Casi nada.

Así se explica que se presentase anteayer una modesta cuenta de cerca de 22.000 duros por gastos de coche de los ediles, nada más que de abril á diciembre del año último: más de dos mil duros por mes.

Pero la ciudad los pagará con gusto, porque sus representantes no pueden, no deben ir á pie.

¡Es tan pedestre...!

E. O.

sas tienen su hora y su lugar, que amanece Dios todos los días, que poco á poco y con sol germina y sazona el grano, que paso á paso abre el buey el largo surco.

Veíale yo pasar, rozando con nuestras modas tan brillantes como efímeras; mirar serenamente los automóviles jadeantes, donde hombres y mujeres van apresuradamente sin saber por qué y á veces ni á donde; contemplar desde su alta estatura y sonriendo al hombre-anuncio, los carteles de cine con sus chafarrinones horripilantes, las aceras de los cafés llenas de gente inocuada, los tranvías repletos... Una sola vez le he visto detenerse para mirar con sonrisa burlesca un estrechito *side-car*.

Sin duda era nueva para él, no el motor, sino el demontres de la cestia y no sé por qué me ha parecido leer en sus ojos el asombro de que á una cosa tan chica se la permitiera tal estrépito y de que hubiese prójimo capaz de ir embutido en la cesta; y calculando cómo quedarían, al final de la carrera, las posaderas del que iba montado en el motociclo.—¡Ridiós y qué chisme!

En el andar reposado, en el mirar sereno, en el observar las cosas se le conocía que no era la primera vez que había estado en la ciudad. Y se advertía en su traje y su postura un labriego acomodado de tierras de Aragón, tal vez de Sobrarbe. Luego he perdido de vista su arrogante silueta y no he sabido nada más de él; pero al momento ha venido á mi memoria una leyenda escandinava, que cuenta Selma Lagerlöf.

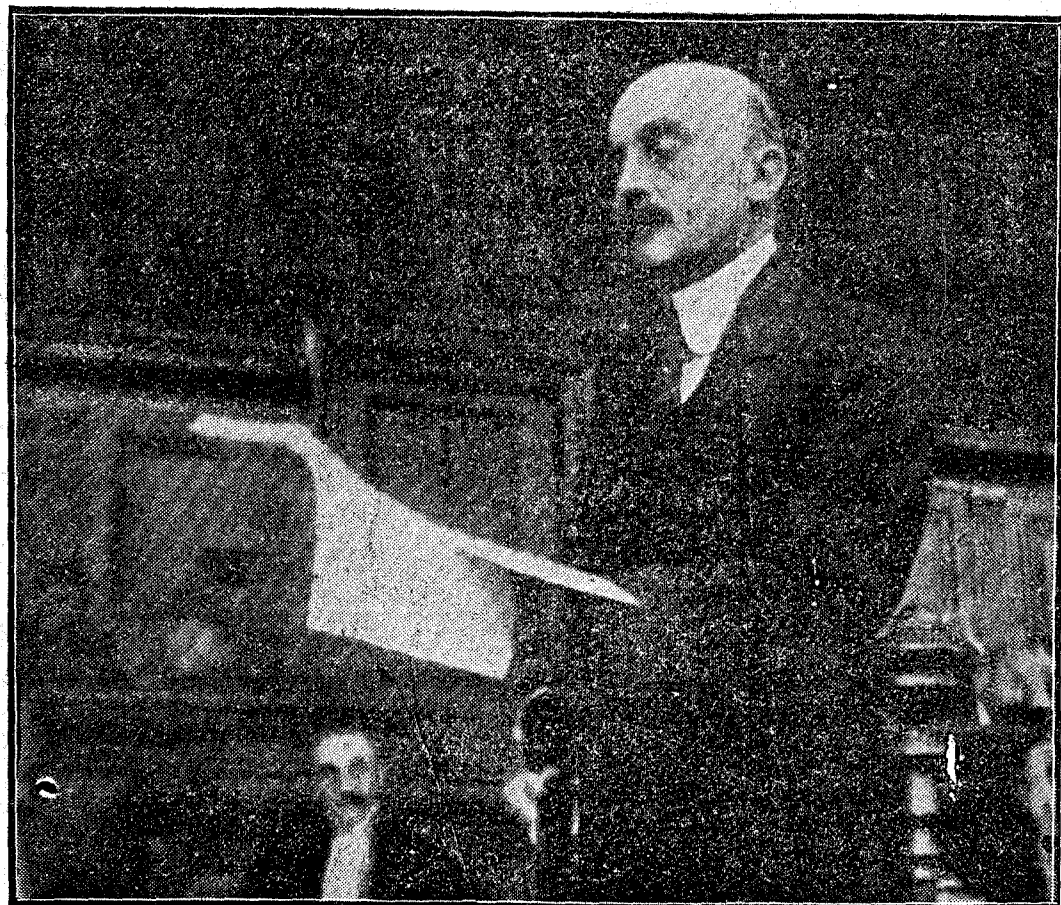
Había en Ulvasa, provincia de Ostrogotia, una dama que leía en lo porvenir. Una vez, hilaba la noble señora en su gran salón cuando un campesino entró y se sentó junto á la puerta. El campesino, que era anciano y amaba sobre todas las cosas, después de Dios, á su país, iba á consultar á la vidente acerca del porvenir de Ostrogotia.

—Puedo complacerte, le dijo la dama. Ostrogotia poseerá siempre alguna cosa de la cual podrá enorgullecerse ante los demás países.

—Regocijame la respuesta, contestó el labriego, y sólo te pido que me digas cómo será ésto.

—¿Cómo?, le dijo la dama. ¿No sabes que Ostrogotia es ya una provincia famosa? ¿Crees que exista en Suecia otra provincia que pueda alabarse de tener dos monumentos como los de Alva-tra y Vreta y una catedral como la de Linköping?

—Es verdad, manifestó el labriego, pero yo soy viejo ya y sé que el espíritu de los hombres es mudable. Temo que llegue un día en que no nos den gloria algu-



PARIS.—Proceso de Mme. Caillaux.—M. Caillaux en la barra

SILUETAS

EL TRONCO

¡Qué arrogante silueta hemos visto hoy! Pasaba, Rambla arriba, alto, fornido, gallardo, de mediana edad, recién rasurado, tostado del sol, vivos los negros ojos, el mentón cuadrado, los pómulos anchos, el cuello de toro, con un pañuelo de seda á la cabeza, vestido de fino paño negro, morada faja, medias blanquísimas, el calzón corto muy ceñido á los recios muslos y en la poderosa nervuda mano una varica como de metro y medio.—¡Ya era varica, ya, maño!

Bogaba Rambla arriba con paso firme, en línea recta, sereno y reposado, sabiendo á donde y á qué iba, sin nuestras prisas de gente preocupada y ocupadísima, sin nuestra viveza ciudadana que tanto tiene de ardulesca; pero sin perder paso, con la tenacidad inmutable y serena del labriego convencido de que todas las co-

na ni Alvastra ni Vreta ni aun nuestra catedral.

—Alguna verdad hay en lo que dices, contestó la dama de Ulvasa; pero no debes poner en duda mi predicción. Yo misma voy á edificar un nuevo monasterio en Vadstena, que será el más famoso de todo el Norte. Nobles y plebeyos acudirán á él en romería y alabarán á la provincia de Ostrogotia por la posesión de un lugar tan santo.

Complácíale esto al campesino; pero como todo es perecedero en este mundo, deseaba saber cómo se sostendría el renombre de la provincia si llegaba á decaer el monasterio de Vadstena.

Entonces la dama le dijo que antes de que el monasterio perdiera su prestigio se levantaría cerca de él una magnífica mansión señorial, la más hermosa de su época, que sería visitada por reyes y príncipes.

—Si; será cierto—dijo el campesino—pero yo soy viejo y conozco la vanidad de los esplendores de este mundo, y si esa